



## **EL CASTELLANO HABLADO EN LA RIBERA**

Arturo Martín Criado.



**E**l lugar de nacimiento, la Castilla comprendida entre el mar Cantábrico y las serrezuelas segovianas, dio nombre a nuestra lengua, el castellano. Tanto por el este como por el oeste, estaba flanqueada por hablas románicas, procedentes todas ellas del latín hablado por los hispanorromanos. Entre ellas no había fronteras nítidas ni rasgos lingüísticos de la suficiente entidad que las opusieran como sistemas distintos; los hablantes no apreciaban diferencias radicales entre la forma de hablar de Castilla y las de León o de Aragón. En cada territorio, es cierto, se apreciaban rasgos peculiares que siempre se han dado y se darán en el habla, pero que no impedían la comunicación entre sus respectivos habitantes.

Frente a esta unidad relativa de las hablas del interior de la Península Ibérica, se percibía con total claridad la diferencia de las hablas que había al este de Aragón y al oeste de León y Asturias, porque eran lenguas distintas<sup>0</sup>. La fijación temprana del castellano como lengua escrita contribuyó a unificar las diferentes hablas centrales, sobre todo entre la gente culta, por lo que el castellano se consideró la lengua no sólo de Castilla, sino también de León y de Aragón. Castellano designa, por tanto, la lengua que nació en Castilla, unificó las hablas centrales y se expandió por los territorios que los reinos del norte fueron reconquistando a los musulmanes, y, después, por ultramar. Incluso cuando, a partir del reinado de los Reyes Católicos, los reinos peninsulares, salvo Portugal, quedaron unidos en una misma corona y nuestra lengua fue considerada como la oficial, se siguió denominando de la misma manera, pero, a veces, se dice lengua española. Castellano y español son dos sinónimos que se emplean indistintamente, si bien en algunas zonas se prefiere uno de los dos, sea por tradición, sea por motivos políticos o de otro tipo<sup>1</sup>.

Cuando consideramos que la lengua es un sistema estructurado, medio de conocimiento y de comunicación para los seres humanos, estamos elaborando una abstracción que nos permite su estudio, y, en esto, la Lingüística procede de forma semejante a como lo hacen las demás ciencias, pero que no existe en la realidad, que es mucho más compleja. Para tratar de explicar la diversidad que se da dentro de cada lengua, algunos lingüistas han acuñado el término *diasistema*; la lengua como conjunto de sistemas, de variedades determinadas por factores geográficos, sociales y de estilo<sup>2</sup>.

La variación geográfica (diatópica) viene impuesta por la diversidad del propio medio. Cuanto más alejadas están dos comunidades que hablan la misma lengua,

mayores serán las diferencias lingüísticas entre ellas, sin que por eso dejen de poder entenderse; si sucediera esto último, tendríamos lenguas distintas. Las distancias, la diferenciación bioclimática y de los modos de vida, las barreras orográficas o de otra clase dificultan los contactos entre los grupos humanos. Allí donde se rompe la comunicación, se produce también una ruptura en la forma de hablar, si bien, dentro de los límites de una misma lengua, no suelen darse compartimentos estancos ni fronteras radicales sino que se pasa de una variedad, o dialecto, a otra de forma gradual.

La variación socio-cultural (diastrática) se debe a las diferencias internas que hay el cualquier grupo humano. Las clases sociales se establecen de acuerdo con la profesión, los ingresos y la formación, que suele estar en relación directa con los dos aspectos anteriores, si bien suele haber algunas excepciones que no invalidan la norma. En el medio rural se da una gran homogeneidad profesional, por ser casi todos sus habitantes agricultores, ganaderos y pequeños artesanos, con un nivel cultural bajo de acuerdo con los criterios de la sociedad urbana, aunque se dan diferencias significativas en los ingresos. Como excepción, por su bajo número, puede considerarse una minoría culta, muchas veces de origen foráneo, de maestros, cura, médico, que en muchos de los pueblos de nuestra comarca va desapareciendo. De acuerdo con esto, suele hablarse de dialectos verticales o diastráticos<sup>3</sup>, que, simplificando, son dos. Uno culto, propio de las personas instruidas, que tratan de acercarse a la norma estándar de la lengua, norma que establecen organismos como la Real Academia Española, las universidades, los diarios de prestigio, etc., y otro popular, propio de los que tienen un nivel de instrucción deficiente, y hablan de forma más libre y espontánea.

La variación de uso (diafásica) depende de la intención comunicativa y del contexto en que se realiza. El hablante elige entre el uso oral de la lengua o, si está alfabetizado, el escrito. El primero, el que utilizamos en la conversación diaria con las personas con quienes nos relacionamos, es de carácter informal, espontáneo, coloquial; en él adquiere mucha importancia lo extralingüístico: gestos, costumbres sociales, situaciones, etc. Existen otros usos orales más formalizados, en que el mensaje se ha pensado y preparado antes, como una conferencia, una clase o un discurso político. Los textos escritos se componen según las reglas estrictas, comenzando por las ortográficas, de la lengua estándar y apenas admiten variación dialectal, salvo en el estilo literario.

Si tomamos la definición de dialecto (variedad geográfica de una lengua) al pie de la letra, podemos llegar a establecer una parcelación absurda y sin ninguna utilidad<sup>4</sup>. Para que una variedad se considere dialecto tiene que reunir una cantidad suficiente de rasgos distintivos con respecto a otras; es preciso que sea percibida la diferencia tanto por sus propios hablantes como por los que lo son de otro dialecto de la misma lengua. Por eso es preferible emplear el término habla para referirnos a la "lengua de comunidades más pequeñas", que es como la define Fernando Lázaro Carreter<sup>5</sup>. Los dominios de la variedad castellana suelen dividirse en dos zonas dialectales, separadas por una línea que parte del sur de Salamanca, continúa por la Sierra de Gredos y por el sur de Madrid, punto de encuentro de ambas zonas debido a la emigración de gentes del sur, y baja por Cuenca hasta Albacete. Al norte de esta frontera, encontramos las hablas más conservadoras y estables del castellano, pero con varias características que son percibidas con toda claridad como diferenciadoras, desde la pronunciación interdental de la -d final hasta el leísmo y el laísmo. Al sur hay una serie de hablas meridionales, que se caracterizan por la pronunciación menos estable, cercana a la del andaluz y los dialectos de América, por la ausencia de leísmo y laísmo, etc., si bien en el léxico las diferencias quizá no sean tan importantes<sup>6</sup>.

Todavía se mantiene el estereotipo de que los lugares donde mejor se habla castellano están en Castilla la Vieja, y suelen citarse Burgos y Valladolid como ejemplos. Lo que fue una realidad en la Edad Media, cuando el centro político, económico y cultural del reino de Castilla estaba al norte de la Sierra de Guadarrama, deja de serlo para convertirse en una creencia que tiene mucho de autocomplacencia ya en el siglo XVI. Con palabras de F. González Ollé "la supremacía lingüística, es decir, la capacidad de imponer su propia norma idiomática, estaba ya irremisiblemente perdida para Castilla la Vieja en el siglo XVI y, a medida que avanza esta centuria y las siguientes, menudearán las críticas contra su habla"<sup>7</sup>.

El mismo autor apunta el posible origen de la buena fama del castellano hablado en Burgos, situándolo en las alabanzas retóricas prodigadas por los viajeros y escritores de comienzos de este siglo, que sería recogido por los propios burgaleses como autoafirmación ante la decadencia, en lo que coincide con la interpretación de otros autores<sup>8</sup>. Es cierto que la norma cortesana ha sido la más estimada y la que se ha tomado como norma estándar del español, sin embargo "actualmente hay muchos usos de Madrid o Valladolid, por ejemplo, que

no serían considerados dentro de la norma estándar o norma culta del español"<sup>9</sup>.

La consideración de que el castellano hablado en Castilla la Vieja coincide con la norma ha hecho que se hayan dedicado pocos trabajos a su estudio, a pesar de la insistencia de algún autor, como V. García de Diego<sup>10</sup>, en la importancia que podían tener para el conocimiento de sus variedades internas, no sólo geográficas, sino también sociales. Los grandes cambios sufridos por nuestra sociedad en la segunda mitad de este siglo hacen más urgente su estudio.

Este artículo no pretende ser sino una introducción, un adelanto de un trabajo más ambicioso, *Vocabulario de la Ribera del Duero*, que aportará algo al conocimiento de nuestra lengua y cultura.

El habla de la Ribera, por lo tanto, es una de las hablas septentrionales del castellano, y, dentro de éstas, de las centrales, es decir, de las propiamente castellanas, que, como he apuntado más arriba, forman un continuum con las navarroaragonesas, por el este, y con las leonesas, por el oeste, sin que haya entre ellas fronteras radicales. Por lo tanto, sus rasgos de pronunciación son, en gran medida, los propios del castellano del norte.

Los cambios de pronunciación de las vocales suelen considerarse vulgarismos propios de las personas menos cultas, y son casi siempre los mismos en todas las zonas del español. Por lo tanto, es un rasgo de tipo más sociocultural que dialectal propiamente dicho, que en la Ribera se percibe sobre todo en los más viejos y en personas marginales que no tienen en cuenta la presión de la norma estándar que, por medio de la escuela y de los medios de comunicación, llega actualmente a casi todo el mundo.

Los cambios en las vocales tónicas, es decir, en las que recae el acento, son poco frecuentes, si bien hay varias voces en las que se producen, como, por ejemplo, *hóngaros/húngaros*, *rampujo/rampojo*, *tirabique/tirabeque*, *garillo/garullo*. Con mayor frecuencia se observan algunos desplazamientos del acento; así, palabras de acentuación llana son pronunciadas como esdrújulas: *méndigo*, *ávaro*, *pántano*, *cábida*. Para J. Corominas y J. A. Pascual, este fenómeno suele darse en palabras que son sentidas como extrañas, por no pertenecer, en principio, al vocabulario popular, y se pronuncian con la acentuación que los hablantes consideran culta<sup>11</sup>. En otros casos, el desplazamiento acentual se debe a la tendencia de nuestra lengua a eliminar hiatos convirtiéndolos en diptongos; por eso, palabras como *maíz*, *caída*, *maestro* se convierten en *maiz*,

*caída* y *maistro*. No solo en las hablas populares se ha constatado esto: *ahí* y *ahora* se pronuncian *ai* y *aura* tanto por parte de hablantes cultos como por no cultos<sup>12</sup>. A su vez los diptongos sufren, a veces, una reducción, como sucede en *mureco*, por *morueco*, o *mortorio* por *mortuorio*. Algo similar vemos en ciertas formas verbales, donde la reducción del diptongo parece deberse a la influencia del infinitivo: *apreta*, *segas*, *colgas*, *frego*<sup>13</sup>.

Las vocales átonas, sin acento, han sido pronunciadas habitualmente con poca seguridad, vacilando entre diferentes sonidos más o menos próximos, por lo que no es raro que entre ellas veamos más cambios. Estos no son consecuencia del capricho del hablante o de la ignorancia de los mecanismos de la lengua, ya que responden a fenómenos o tendencias que han actuado en castellano desde sus orígenes medievales. Los más importantes y frecuentes se dan en las vocales iniciales, si bien no faltan en las interiores:

- Asimilación, igualación de una vocal a otra cercana, como en *apiritivo*, *pementón*, *astazar* y *harcajadura*.
- Disimilación, diferenciación de dos vocales iguales que están próximas: *joventud*, *burrigo*, *dispensa* y *albericoque*.
- Metátesis o cambio de lugar, como en *calcamonía* y *aolmada*.
- Cierre de la vocal anterior por influjo de un diptongo: *intierro*, *lluvió* y *sustiene*.
- Apertura de la e en a cuando está delante de n o r: *ancía*, *tranzar*, *zarcera* y *varraco*.
- Influencia de prefijos de uso habitual en español con los cuales guarda algún parecido la sílaba inicial, como *estil*, *reñón* y *sustén*.
- Reducción de diptongos iniciales, fenómeno muy frecuente en los numerales, como, por ejemplo, *deciséis*, *ventiuno* y *trenta*, y en ciertos nombres propios de persona, como *Ulogio* y *Ufrasia*.
- Etimología popular, que consiste en relacionar un término con otro con el que tiene parecido. Así *mondarina* se relaciona injustificadamente con *mondar* y *monda*.

Las vocales átonas finales no sufren muchos cambios; el más importante es la tendencia al cierre de la *o* final,

en especial en frases exclamativas como *¡Arre, machu!*, y en la terminación *a(d)o*, que, a menudo, se convierte en *au*. Arcaísmo suele considerarse la conservación de la *-e* final en *rede* y *césped*.

El rasgo más característico en la pronunciación de las consonantes del habla ribereña, y de todo el castellano norteño, es la pronunciación de la *-d* final como la interdental *-z*: *ustez*, *Valladoliz*, *entraz*. Esto es general tanto en hablantes instruidos como en aquellos que no lo son, abarca a todos los niveles sociales, por lo que se ha convertido en una de las características más importantes de nuestro dialecto. Pero no sólo con la *-d* se da este cambio; hay varias consonantes en final de sílaba, que no eran propias del castellano sino que se introdujeron por reacción cultista en el Renacimiento, que en las hablas populares, y también a veces en la culta, o no se pronuncian, como en *inorante*, *acidente*, o se pronuncian como interdentes: *iznorante*, *perfezto*, *azto*, *dizteria*.

Hay coincidencia con las hablas meridionales de la Península en la pérdida de la *d* de la terminación *-a(d)o* en todo tipo de hablantes; es un fenómeno tan generalizado que su pronunciación resulta afectada. Sin embargo, la pérdida no se ha generalizado en otro tipo de terminaciones ni en posición interior de palabra, si bien puede haber casos aislados, como *ce(d)azo*, *to(d)avía*, *pue(d)e*, etc.

En plena expansión por toda la meseta del Duero y, por tanto, por la Ribera, está otro rasgo meridional, el yeísmo, que es la pronunciación de la consonante palatal lateral *ll* como palatal africada *y*, de manera que palabras como *pollo* y *poyo* se confunden en la lengua oral. A mediados de este siglo que acaba, el yeísmo se daba en Aranda y los hablantes, tanto de la capital ribereña como de los pueblos, eran conscientes de esta diferencia que se empleaba, como sucede con frecuencia, para burlarse del otro, del que no es/no habla como nosotros. Para los arandinos era un rasgo de modernidad, se parecían en eso a los madrileños. Para los habitantes de los pueblos era una forma defectuosa, pues no eran capaces de decir *pollo* ni *gallina*, palabras tan indispensables; por eso, se decía en plan burlesco: *¿Eres de Aranda y yoras, hijundemonio?* En los últimos cuarenta años el yeísmo ha continuado su lento avance, como en toda la región; esto se nota sobre todo en la población joven de la comarca, parte de la cual ha salido fuera a estudiar, pero no se puede afirmar que sea algo generalizado, si bien está en pleno progreso.

Otro rasgo en que nuestra habla coincide con las meridionales es el conocido como rotacismo, es decir, el

intercambio de las consonantes *r* y *l*, pero sin llegar a la intensidad con que se produce en el sur de España. El paso de *l* a *r* se ve en palabras como *torva*, *carcaño*, *esplegar* o *titar*, donde la terminación *-al* que se conserva en *centenal* o *garbanzal* ha sufrido este cambio. El caso contrario lo tenemos en voces como *calesa*, *alanzada*, *colambre* o *blincar*.

También muy extendido por las hablas populares castellanas está un fenómeno que ya se producía en los orígenes de nuestra lengua; el fonema /k/, que escribimos con las letras *c* y *qu*, unas veces permanece sordo y otras sonoriza y se convierte en /g/, que escribimos con *g* o con *gu*. De esta manera comprobamos que algunas palabras vacilan entre ambas formas: *camella*/*game-lla*, *canasto*/*ganasto*, *amucas*/*amugas*, *cocote*/*cogote*.

Un rasgo de localización reducida a algunas comarcas burgalesas, de Soria y La Rioja, es la pronunciación de la *s*-inicial como *j*- en algunas palabras: *jirle*, *jalvia*, *jerba*, *jerbal* y *jabino*. Como dice Vicente García de Diego, esto muestra una tendencia fonética del castellano que no llegó a triunfar plenamente, pero de la que quedan ejemplos no solo en las hablas dialectales de Castilla, sino también en el castellano culto, como vemos en *jota* y *jugo*<sup>14</sup>. Este autor resaltaba el valor que las hablas de las provincias citadas tenían para comprobar la complejidad histórica de la lengua castellana o española, de lo que son buena muestra el caso anterior o lo que diré a continuación. Se ha caracterizado al castellano como reductor del grupo MB a M, frente al leonés que lo conserva, justificándolo sobre todo por los

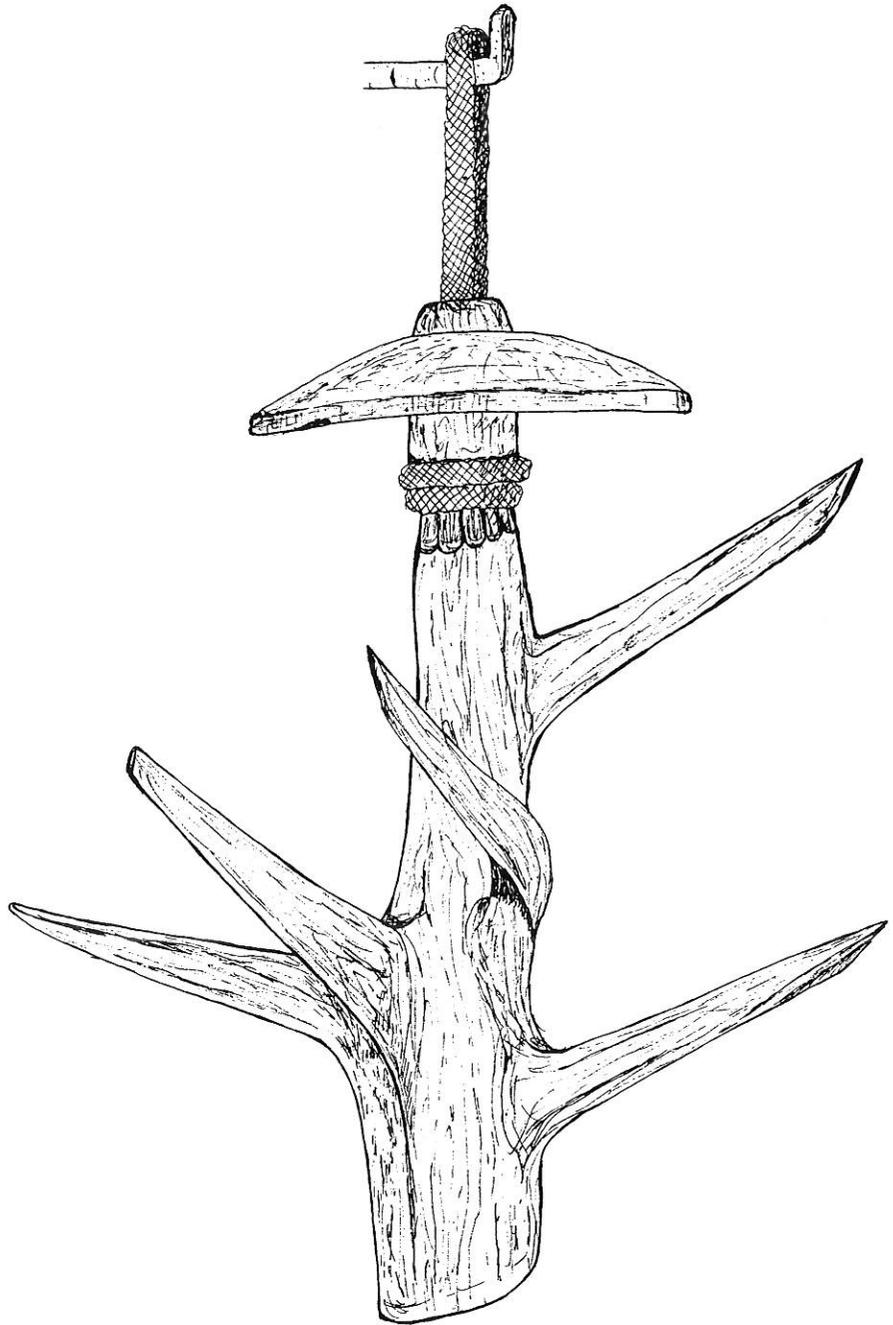


Fig. 1: Cambrión, gancho para colgar objetos hecho de la copa de un árbol, por lo general de un ebreo.

resultados de la raíz de origen céltico CAMB-, que significa 'curvo'. Así, mientras en las hablas leonesas la 'pieza curva del arado' es la *camba*, en castellano es la *cama*; sin embargo, la forma *camba* existe en la Bureba, Rioja, Palencia e, incluso, llega a aparecer en el occidente de la

Ribera. De esta misma raíz proceden otras voces ribereñas como *camizo* y *camizar*, con el grupo reducido, así como *cambrión*, que no reduce.

La sintaxis coloquial se suele considerar desvertebrada, porque, cuando se analiza, se compara, de forma consciente o inconsciente, con la de la lengua escrita, que es muy formalizada, que tiende a seguir las normas del español estándar. En realidad, la espontaneidad e inmediatez del diálogo, la importancia que adquieren la situación y el contexto, hacen que el mensaje no sea tan explícito ni estandarizado<sup>15</sup>. Me limitaré a comentar algunos rasgos fácilmente preceptibles en nuestra habla.

Los nombres propios de persona suelen usarse con el artículo determinado antepuesto, lo que, desde el punto de vista gramatical, es una redundancia pues estos nombres son ya determinados por naturaleza<sup>16</sup>. Los adjetivos posesivos del español son, cuando van delante del nombre, átonos. Sin embargo, en Asturias, Cantabria, León y Castilla la Vieja, según Ramón Menéndez Pidal<sup>17</sup>, son tónicos y pueden estar precedidos de artículo: *la mi casa*. Este rasgo arcaizante se ha mantenido, en efecto, en nuestra provincia, pero en la mitad norte<sup>18</sup>, y no en la Ribera, donde el posesivo antepuesto es siempre átono y no admite artículo. También pierde su acento el término de tratamiento *tío*, *-a*, cuando se antepone a un nombre de persona y se pronuncia con éste: *el tío Juan*.

De los pronombres personales lo más destacable es el conocido uso de las formas átonas de tercera persona *lo*, *la* y *le*, que las hablas del norte han reestructurado en un sistema distinto, basado en el género, al del español estándar y de las hablas meridionales, que es el etimológico. Por tanto, independientemente de la función sintáctica, *le* se emplea como pronombre masculino y *la* como femenino, mientras que *lo* suele tener carácter neutro<sup>19</sup>. Esto se ve con claridad en el llamado neutro de materia<sup>20</sup>, que se da con sustantivos continuos, cuando su referente es un femenino: *Y como la basura lo entierres con aire solano, es que se vuelve cagada de ratón; vas y lo miras a los cuatro o cinco meses, cagiën, pues ¿dónde está la basura?* En el castellano culto, cuando concurren dos pronombres átonos uno de los cuales es *se*, éste se coloca en primer lugar. Sin embargo, en la lengua popular suele ir detrás: *Me se ha caído a la puerta*.

Un rasgo característico es el empleo de perífrasis verbales tipo *va* y *compra*, *coge* y *suelta*, *agarra* y *le dice*, que son un medio de dar más expresividad y fuerza al significado del verbo que aparece en segundo lugar. La perífrasis formada por *ir* + gerundio cree Ch. E. Kany<sup>21</sup>

que es una construcción arcaizante que sobrevive con mayor vigor en América, como las anteriores, si bien podemos comprobar que es habitual en nuestra habla y la de otras zonas de Castilla: *Vamos yendo al bar*.

F. González Ollé considera que en el habla de la Bureba el verbo *decir* funciona como “verdadero morfema de estilo directo”<sup>22</sup> que se repite de forma innecesaria y es rasgo muy extendido y típico del habla popular; lo mismo comprobamos en la Ribera: *Me tenía harta y le he dicho, digo: -Bueno, ¿qué pasa?* Se interpreta esta repetición, a veces malsonante, de *decir* como un recurso para quitarse responsabilidad el hablante<sup>23</sup>, como cuando introduce el mensaje con un *di que*:

- *Se han ido todos y l'han dejao sola.*

- *Di que no, que estaba aquí la Paula.*

La utilización del verbo en condicional *cantaría* en lugar de en pretérito imperfecto de subjuntivo *cantara* se ha generalizado en el último medio siglo en la Ribera. Este uso procede del norte, quizá de la zona vasca y navarroaragonesa, si bien hay que tener en cuenta que está extendido por varios países de América<sup>24</sup>. En los hablantes de más edad se comprueba que unas veces emplean el imperfecto de subjuntivo: *Y le até con una lía el caldero..., pa que no se saliera, y me le traje*, y otras el condicional: *Éramos dos o tres, según las cargas que tendría el lagar*. La sustitución se hace en cualquier caso en que aparezca el subjuntivo, que, por cierto, no se emplea, cuando se hace, con la forma *cantase*, sino con *cantara*: *Y ya quedaron de que echaran a suertes y al que le tocara tocar que se quedara, y al que no, pues se marchara*. Esta vacilación ya apenas se da en los hablantes menores de setenta años, que usan de manera sistemática el condicional, salvo los más cultos o los que han vivido mucho tiempo fuera.

La sensación de sintaxis desvertebrada, yuxtapuesta, se tiene ante textos como este: *Íbamos a cavar, porque todo se cavaba por ahora, a cavar con un azadón de picos grande todas las viñas, to el viñado que había to se cavaba. Íbamos allí, teníamos la manojera, hacíamos un poco de abrigo, estabas cavando, cuando querías recordar venía una bufarrada... aaa la manojera to cristo, hala a abrigar; venía una granizada, otra a abrigar; pasaba, a cavar otra vez...*, que, sin embargo, están perfectamente trabados formal y semánticamente teniendo en cuenta el contexto narrativo de las labores que se hacían en las viñas en el tiempo de la conversación, es decir, en el mes de abril. Dada la importancia de los aspectos

situacionales y contextuales, es imprescindible recurrir a la pragmática y la gramática textual para llegar a una comprensión de este tipo de enunciados.

La riqueza léxica de las hablas rurales es muy grande. El labrador, el pastor, el artesano percibe desde niño una realidad compleja y muy variada que asimila por medio del lenguaje. Lo que no tiene nombre no existe para el ojo que lo contempla, se considera que forma una masa indiferenciada y sin interés. En este conocimiento no hay nada de gratuito ni de pura curiosidad; para el hombre que vive del campo, el conocimiento del medio es vital para su propia supervivencia. La muerte de sus animales, el fracaso de una cosecha pueden significar el endeudamiento y el hambre. Desde niño, va asimilando la experiencia de otros seres humanos que han pasado durante siglos por situaciones semejantes, que se transmite de forma oral y que será la base de su cultura.

Emilio Alarcos Llorach, en el Congreso Internacional de El Español en América celebrado en Burgos en noviembre de 1995, achacaba el actual empobrecimiento del español en España, en parte, al abandono del medio rural. El conocimiento directo, fundado en una larga experiencia, no sólo propia, permite a quienes viven allí hablar de forma precisa y clara, empleando un vocabulario variado y expresivo, en gran medida desconocido por el hablante urbano.

El hombre del campo vive pendiente del cielo y de los fenómenos meteorológicos. Espera la salida del sol para ver si hay *rebolada*<sup>25</sup> e interpretar lo que *barrunta* el día. La veleta de la iglesia, u otras señales conocidas, le dicen de donde sopla el *aire*; el *cierzo* o *norte* es muy frío, el *regañón* o *gallego* suele ser un *airón* que arrastra *nubazos* que ni traen agua ni dejan ver el sol, como dice el refrán, y, a veces, es bastante frío; entonces, se denomina *escuernacabras*. El *ábrego*, que procede del sur, y el *solano*, del sur y del este, son vientos cálidos, provocan *canícula* y perjudican los cultivos e, incluso, a las personas, que se ven agobiadas por la *chicharrera* o *chucha*, sobre todo si están al *retisterio*. El viento más esperado y casi siempre bienvenido es el *bajero*, que sopla del oeste y suroeste y trae del Atlántico nubes cargadas de agua, que descargan buenas *chaparradas* y *charpazos*, si bien en el mes de abril abundan las *bufarradas* breves, y siempre es mejor el *envernizo* o *invernizo*, lluvia fina y persistente que cala bien la tierra. Los *chozos* y *cabañas* que hay en el campo sirven de resguardo y evitan *chupas*, *mojadas* y *truchas*; el campesino y el pastor están acostumbrados a *chipiarse* y, a veces, cuando los grandes *nublaos* de verano, a soportar *avenidas* y *andavales*. Para

ahuyentarlos, se hacía el toque de nublo con las campanas: *Tente nublo / tente tú, / que Dios puede / más que tú.*

El agricultor y el pastor están continuamente atentos a si el tiempo está *sereno* o de *demudo*, es decir, de cambio; a si aparece una *maraña* en el horizonte, y por dónde lo hace. Por la noche contemplan la luna y la fase en que se encuentra, pues la *luna llena* barrunta cambio de tiempo y el *creciente* y *menguante* son apropiados para unas tareas y no para otras. En la bóveda celeste distinguen las *siete cabritas*, el *carro triunfante*, el *camino de Santiago*; en verano suelen verse *estrellas con rabo*, es decir, cometas, y *luchas de estrellas*. En las noches de invierno, si está *espabilao*, el brillo de las estrellas nos dirá la intensidad de la *helada* o *pelao*, que colgará *chuzos*, *churros* y *chupiteles* de las canales de los tejados, y *abrasará* los almendros y las viñas, en especial en las tierras *heladizas*, que aparecen por la mañana blancas de la *carama*.

Los más viejos han acumulado un gran saber en todo lo relacionado con la meteorología, por eso todos les preguntan. Cuando llega diciembre, el día de Santa Lucía, comienzan las *cabezas de los meses*, que acaban la víspera de los Reyes, y que anuncian el tiempo que hará en los doce meses del año que comienza.

Si es importante el clima, también lo es el medio físico, el terreno, del que viven. Desde jóvenes van aprendiendo los nombres de cada *término* o *pago* del pueblo, los topónimos, que son testimonios fosilizados del habla de otras épocas, por lo que, a veces, no comprenden su significado. En la Ribera no hay montañas, pero sí llanuras altas, los *páramos* y *llanos*, que antaño fueron montes utilizados para pastar el ganado ovino y que hoy son grandes *paramedales* de cereal. Restos de los anteriores son las *cuestas* y *cotarros* aislados, que tienen forma troncocónica; su *caída* o *espalda*, es decir, la ladera, si no es muy *pinada*, suele cultivarse, así como los *valles*, *rebarcos* y *repozas*, que son mejores por tener mayor humedad, igual que las *vegas* cercanas a los ríos, arroyos, *dujos* y *regajos*. Allí donde no hay escorrentía, se forma algún *navajo* o *charcada* casi permanente; antes había bastantes *lagunas*, es decir, tierras pantanosas, que se *sangraron* por medio de *desagües* o *desaugues* para ser cultivadas si bien suele ser terreno *salgüero* y no da buena cosecha. En las tierras que bordean arroyos o caminos, por los que bajan las *avenidas*, se cavaban buenos *ribazos* y *barrancos*, para que el agua no las *sobacara*; en ocasiones se plantaban arbustos espinosos que las protegen de la erosión y de la entrada de los ganados que pasan por el *camino*. Por eso, éstos suelen estar más bajos que las tierras de las márgenes, y, como se enchar-

can siempre que llueve, tienen muchas *bazacadas* en las *roderas*. Las *cañadas*, los *cordeles* o *cordones* y las *veredas* son antiguos caminos del ganado trashumante, hoy día labrados en su mayor parte, que tienen *descansaderos*, es decir, explanadas o *playas* donde hacían alto los rebaños.

Para el labrador, lo fundamental es clasificar la tierra según la utilidad que puede tener para el cultivo. Lo *montiño* suelen ser *riscos* y *astrales* de piedra caliza o arenisca, conocida como *asperón*; son poco aprovechables para labranza, especialmente antes de que se introdujeran los tractores. Las piedras que se van sacando al labrar estas zonas se amontonan en *majanos*; por las laderas de páramos y cuestras abundan *rodadizos* y *ruchos*, esto es, pedruscos pequeños. Gran parte del terreno montiño eran *perdidos* y *baldíos*, tierras *empradecidas* de uso pastoril. La tierra fuerte, *pesada*, como la *rubiera* o *rubial*, es buena para el cultivo del trigo y de la cebada; en ella aparecen corros de *toba* blanquecina o *calveros*. La tierra suave, arenosa y el *cascajo*, *cascorral* o *grija* es mejor para el cultivo de la vid. Las mejores vegas son las de tierra con mucha materia orgánica, de color negruzco, como la *tierra de casco*.

La forma de cada parcela o *tierra* es resultado de un largo proceso histórico, que comprende particiones, cambios, compraventas, asimilaciones, etc. La *linde* puede ser un ribazo o un simple *reguero* que va de un *mojón* a otro; según la forma se denominan *tira*, *cuadro*, *picón*, *escuadra*, *redondal* o *corro*. Las *suertes* son parcelas iguales resultado de ventas de tierras comunales, por lo general montes de aprovechamiento común. Alrededor de los pueblos hay *huertos*, pequeños y sin árboles, *huertas*, mayores y con árboles, *harrenes* y *cercas*, es decir, tierras valladas con un paredilla de piedra en seco.

El clima y la naturaleza de nuestra comarca determinan una vegetación de tipo mediterráneo, que conserva, a pesar de la intensa actividad agrícola, muestras importantes. Los *montes* más característicos son los de *encina*, con árboles de pequeño tamaño, *ramas*, que se cortaban periódicamente para combustible; en las *talleras*, zonas cortadas que volvían a crecer, se prohibía entrar a los rebaños para que no dañaran su recuperación. En los lugares más húmedos y en los orientados al norte, aparece el *roble*, de hoja caduca, cuyas *algállaras* servían a los niños para jugar. Muchos montes de encina fueron repoblados con pinos, sobre todo *pinos resineros*, y, en menor medida con *pinos piñoneros* o *donceles*. En los terrenos calizos abundan los *enebros*, de madera olorosa e imputrescible, cuya *barda* se quemaba en la *luminarias*

de ciertas fiestas. Especies enanas son el *enebro cabruno* y el *jabino*. Si es apreciada la madera del enebro, no lo era menos la del *olmo*, muy resistente, inmejorable para ciertos aperos de labranza como el *ubio*. Muy buscados eran los ejemplares de gran tamaño, *olmas*, que presidían las plazas de algunos pueblos antes de que una enfermedad causara su muerte; su tronco recto y pesado servía de *viga* en los numerosos lagares de la Ribera. En las orillas de los ríos, crecen *salces*, *chopos*, *saucos* o *sabucueras*, árbol cuya madera tiene *cañada*, *bimbreras*, etc. En los montes abundan los arbustos, algunos aprovechados aunque no fuera más que para *enrojar* el horno, como la aliaga, también denominada *olaga*, *oliaga* y *ulaga*, la *estepa* de flores blancas y olor pegajoso, el *esqueño* o *espino* que en otoño se cubre de *majuelas* o *macucas* rojas, la *escoba*, el *berezo* y la *gayuba*. Con las ramas y flores moradas del *cantigüeso* se alfombran las calles por donde pasa la procesión el día del Corpus; el *esplego*, la *jalvia*, el *tomillo* y la *sardinilla* se recogían para usarlas en la cocina o para ciertos remedios caseros.

El hombre del campo vive del cultivo de unas pocas especies vegetales y casi todas las demás son su enemigo, son *hierba* que hay que arrancar, a pesar de lo cual las conoce de forma individualizada y las nombra: *abrepñños*, *avenazo* o *avena loca*, *ceñiglo*, *engañacabra*, *cola de caballo*, *espigadillo*, *corroyuela*, *lapa*, *pinillo*, *quebrantacama*. La experiencia le ha ido enseñando que muchas son aprovechables para diferentes fines, desde comerlas en ensalada, como, por ejemplo los *collalbos*, *lijonjeras* o *lisonjeras*, que una señora vendía en Madrid al grito de: *A la lisonjera bendita / del cojito de la Ribera*, hasta los usos medicinales de plantas como el *llantel*, la *sanguinaria*, la *malva*, la *canarola*, de raíz venenosa, o la *hierba de la maravilla*, cuyo sonoro nombre hace justicia a sus propiedades, pues, como el bálsamo quijotesco, cura las heridas infectadas. Algunas sirven de nutritiva comida para el ganado, como las *mielgas*, y otras, como los *pipirigallos*, es decir, los capullos de las amapolas, de juguete a los niños, que distinguen entre *flores de la Virgen*, las que son de color blanco, y *flores del diablo*, las de color amarillo, si bien la *flor de la Virgen* por excelencia es la *chiribita* o margaritilla de las praderas. Hay nombres de plantas que son hermosas metáforas, como *pañales de la Virgen*, *sangre de Cristo*, *pata de perdiz*, *espuela de caballero*, *pluma de Santa Teresa* o *cucharilla de pastor*.

Si el conocimiento de las plantas es amplio y bastante exacto, el de los animales de toda clase con que el pastor o el labrador trata no es menor, pero, a menudo, resulta impreciso, superficial o supersticioso. La explicación es

que la mayoría no tiene interés directo para él, y, además, la observación de muchos de ellos es difícil, por lo que sólo ha sido posible cuando, en los últimos años, personas especializadas los han estudiado de forma intensiva, empleando medios técnicos como la fotografía o el vídeo.

Entre los insectos, los hay molestos y conocidos por todos, como las diferentes clases de moscas y los *finifes*, *cinifes* o *chínfanos*. Otros son verdaderas plagas de ciertos cultivos y combatidos como tales; así el *sapo de la patata*, los *gusapos* de la fruta, la *gallinilla*, que se come las raíces, la *gardama*, tronzadora de hortalizas, y el *coco*, *cuco*, *coquillo*, *cuquillo*, que de todas estas formas es nombrado, que nace de la *calesa*, huevecillos que pone una mariposa en las hojas de las cepas, que destruye. Cuando la higiene no estaba tan extendida como ahora, abundaban los parásitos, de los que el más conocido es el piojo, a veces *piejo*, *coco* y, si es grande, *alicáncano*. A los niños se les enseñaba desde pequeños a huir de los venenosos, como el *arraclán* y la *aceitera*, pero había otros muchos que eran verdaderos juguetes en las tardes de campo, desde los ágiles *aclaraguas*, cuyo incomprendible paseo por la superficie de las aguas limpias hipnotizaba su mirada, hasta la benéfica *sanantona*, también conocida como *sanantón* y *sanantonio*, que se ponía sobre la mano y les contaba los dedos: *Sanantona del lugar/ cuéntame los dedos/ y échate a volar*. Otros muchos atraían la atención de los más pequeños; unos por su canto, como el *grillo* y la *chicharra*, otros por su forma, como el *claudio* y el *cortadedos*, o por su actividad continua, como las hormigas, que se clasificaban en *hormigas de Dios*, las negras, y *hormigas del demonio*, las rojas.

La connotación negativa de muchos insectos se extiende a casi todos los reptiles y anfibios, si exceptuamos la rana, que se cazaba para comer sus ancas, o la *legaterna* y el *lagarto*. Entre los peligrosos están la *culebra ciega*, la *víbora*, que *ataraza* con la *tijereta*, donde se pensaba que estaba su veneno, el *escuerzo*, *pecu* o *sapo escupión*, que escupe su ponzoña a larga distancia, si bien es beneficioso porque come muchos insectos, y el inofensivo *morgaño*, *murgaño* o *murugaño*, cuya mordedura se consideraba tan mala como la del *arraclán*: *Si te pica un murugaño/ has comido pan pa to el año./ Si te pica un arraclán/ coge la azada y vete a enterrar*. En realidad, es un mamífero insectívoro parecido al ratón.

Innumerables son las especies de aves con las que conviven los habitantes del campo. El pueblo, como la ciudad, es elegido para hacer sus nidos por *cigüeñas*, que en primavera *machacan el ajo* y en verano enseñan a

volar a los *cigüeñinos*, *golondrinas*, *aviones*, *gurriatos* y *tordos*. Hay pájaros apreciados por su canto, como el *sietecolores*, la *calandria* o el *ruiseñor*, que anuncia la llegada del buen tiempo, lo mismo que la *abubilla*, también llamada *bubilla* y *bobilla*, de plumaje vistoso y airosa cresta de plumas, que llena las choperas con su *bububu* y sus *validos* de nadador. También tiene moño la *cucuru-jada*, que anda los caminos a unos pasos del caminante. Otros llaman la atención por el colorido de su plumaje, caso de la *gorropéndola* de vestido amarillo chillón, o el *abejarruco* azulino, terror de los colmeneros, pero de incomparable belleza. También son temidos los corvidos, sobre todo por los daños que hacen en viñas y frutales; de todos ellos, el más abundante y hermoso es la *urraca*, que también se llama *marica*, *picaza*, *pigaza* y *picaraza*. Entre las rapaces se ven con frecuencia el *alcaudión*, la *alcaudona*, el *vilano*, el *algarracho*, el *alcotán*, que a veces se confunde con el *cernícalo* y algunas pocas más.

Las codornices, con su canto que dice *buenpanai*, anuncian una buena cosecha; después, el campo se llena de las llamadas de la perdiz macho, *conichí*, que son contestadas por la hembra con su *conichacha*.

Los mamíferos son escasos; unos son considerados objeto de caza, como el *jabalín*, la liebre y el conejo; otros son cazadores y compiten con el hombre, como el *raposo* o la *zorra*, el *tasugo* o *tejo*, la *comadreja*, el *bicho*, es decir, el hurón, que se domestica para cazar conejos, lo que se denomina *bichear*.

La Ribera ha sido, y en gran medida es todavía, una comarca agrícola; más en concreto, vitivinícola. El cultivo de la vid y la producción de vino ha ocupado desde tiempos medievales a la mayoría de sus habitantes<sup>26</sup>. La plantación se hacía a comienzos de este siglo a *trebolillo*, con *barbaos* del terreno; cuando se replantaron después de la filoxera se hizo con variedades silvestres, *bravías*, en *líneos* rectos con *calles* o *cañadas* entre ellos, que después se injertaban. Las viñas necesitan muchas labores; antes de acabar el año, se *esvastagaba* o *espodaba*, cortando los sarmientos que no se piensan dejar cuando se haga la poda en febrero o marzo. Los más viejos podaban con la *hoz*, que consta de *cuchilla* para *tarjar*, o sea, cortar hacia abajo, *gavilán* para hacerlo hacia arriba, y *peto* para cortar los *zocorros*, las cabezas secas; ahora se hace con tijeras y hacha. Las mujeres *sarmentaban* y *trenzaban* los *manojos* o hacían *gavillas* sin trenzar; cada montón de cuatro *manojos* forma una *mostela*. Una vez acabada la poda o antes de podar, se quitaba la tierra alrededor del tronco de las cepas, labor denominada *chiscar*.

o *excavar*. Al  *echar, cerner*, es decir, formarse la uva, y *birriagar* o *pintar* las uvas, se *azufran* los planteles y, antes de que apretara el calor, se *acollaban* o *acobijaban*, formando un cono de tierra alrededor del tronco.

Cuando la uva estaba madura, a finales de setiembre o ya en octubre, de común acuerdo se fijaba la fecha de la vendimia, se preparaban los *cestos*, que eran de dos clases: los *carreteros* cabían hasta 120 kilos y los *cargueros* o *asnales* la mitad, hechos por los *cesteros* que había en casi todos los pueblos, y se contrataban jornaleros. Cada vendimiador corta el racimo con el *garillo* o *garullo* y lo deposita en un *cunacho*, que los *sacadores* llevan a vaciar en los cestos. Al final de cada día, se transportan los cestos con la uva al lagar, donde el *arromanador* los pesaba y se vaciaban en la *caja* o *pila*, junto con lo de otros *aparceros* o propietarios. El *aparcerero* que tiene más *cargas* de uva es el *amo del lagar*, encargado de medir el vino; el *piletero*, que saca el vino de la pila, es quien sigue al anterior en número de *cargas*. Los *pisadores* son los propios *aparceros* u obreros contratados por ellos; cada noche pisotean la uva, cuyo mosto *cuece*, fermenta, durante una decena de días produciendo mucho *tufo*. La *orujada* o *pie del lagar* se prensaba montando el *castillo*, con varios maderos, *marranos*, sobre los que presiona la *viga* al levantar la *pedra*. Al mismo tiempo se hacía la *tira*, transporte del vino a las bodegas en *pellejas* o *pelliscas*, que llevaban cargadas los *tiradores*, hasta depositarlo en las cubas, con el peligro de *privarse* y morir por efecto del *tufo*. La mayor parte del vino se vendía a los *arrieros* que venían de Burgos, de la Sierra y de Segovia con grandes *riatas* de burros o con carros. LLevaban el vino en *pellejos* que se inflaban, se *hacían la colambre*, para poder llenarlos. En todas las ventas intervenía el *corredor*, intermediario que llevaba una comisión. Algunos también vendía al por menor, para lo cual *abrían taberna*, anunciándolo con un *ramo* en la puerta.

El otro cultivo importante en la comarca era el del cereal, sobre todo de trigo, y, en menor medida, de cebada, avena y centeno. Para las labores se empleaba el *arado de palo* o *romano*, formado por piezas de madera (*cama, dental, orejeras, esteva, pezcuño, timón* y, a veces, *rastra* o *encomendón*) y unas pocas de hierro (*reja, barreta* o *cabresto, belortas* y *ahitas*). Este arado lo arrastraba una yunta de bueyes o vacas, si bien, con mayor frecuencia, era de machos. Los bueyes se uncían con el *ubio* cornal; éste consta de una *camella* curva, con *solapa* detrás, que se coloca sobre la testuz del animal y se ata con tiras de cuero, *coyundas*, a los cuernos. El *ubio* de machos también tiene *camella*, que apoya en el cuello, pero a cada lado lleva una *costilla* sobre la que el animal hace fuerza

con el brazuelo; se colocaba sobre la *collera*. Antes de sembrar se *alzaba, binaba* y *terciaba*; la siembra se hacía a *voleo*, lanzando el sembrador la semilla con la mano y se  *cubría* con el arado. Con el mismo se *arrajaban* o *aricaban* los sembrados para limpiar el *hondo* del surco de malas hierbas; en primavera, mujeres y niños *escardaban* con *azadilla* y *garillo*. En junio, el cereal se pone *ceroyo*; por San Pedro, las cebadas están secas y comienza la siega. Los segadores, con el *manero* al frente, cortan la *encañadura* con la *hoz de diente* o con el *hocín*; uno de ellos recoge las *gavillas* que los primeros dejan y forma haces que ata con *vencejos*. Los haces se *ascan*, es decir, se amontonan en *ascales* de seis colocados de forma piramidal en la tierra, de donde se *acarrear* a las eras y se *hacinan*.

En las eras, por lo general empedradas, *tendían* el cereal, que *esbalagaban*, quitando los *vencejos* y extendiéndolo con las *horcas* hasta formar la *rodeada*. Durante las horas de más calor, se gira constantemente con el *trillo* y se *da la torna* varias veces por la mañana o otras tantas por la tarde. Al atardecer se *emparvaba* con *rastrillos* y *horcas*; si la *rodeada* era grande, se *acamizaba*, es decir, se recogía con el *camizo*, tabla con un timón perpendicular. El montón de lo trillado redondo se denomina *parva* y el alargado, *balaguero*. Aprovechando el viento de la caída de la tarde se *bel-daba* lanzando el cereal hacia lo alto con el *bieldeo*; el grano caía a plomo y el viento se llevaba la paja unos metros y allí se formaba el *pajiguero*. El grano se *acribaba*, se medía con la *media fanega* y se ensacaba para transportarlo al *desván* de casa o, quienes tenían una cosecha grande, a las *trojes*.

En tierras de regadío se sembraban *alubias* de varias clases: *de arroz, avinagrada* o *de vinagre, de cuarenta días, garbancera, de manteca, pinta* o *gallitos, plancha, de reñón, tempranilla, de tete la reina*, etc. Las alubias se siembran en *casillas* y los *alubiares* están organizados en *boquillas* de varios surcos cada una. En otoño se arrancan y se *apalean* con *horcas* y *garias* para que los *cucos* salgan de la vaina; la paja, *gárgola*, es buena para el ganado. Los *huertos* están divididos en varios *tablares* donde se plantan *berzas de asa de cántaro, repollos, ancelgas*, etc., que se riegan con agua de un pozo sacada con el *cigüeñal*. En el lugar más protegido se hacen varias *eras* para *semillero*, sobre todo de *llantas*. En las *huertas*, además de hortalizas, hay árboles frutales: *manzanos, perales, ciruelos, guindales* y *jerbales*, entre otros. La manzana era la fruta tradicional que más abundaba, en sus variedades *camuesa, reineta, morroliebre, santiagueña* y *verdedoncella*. Había *perucos* y peras *san-*

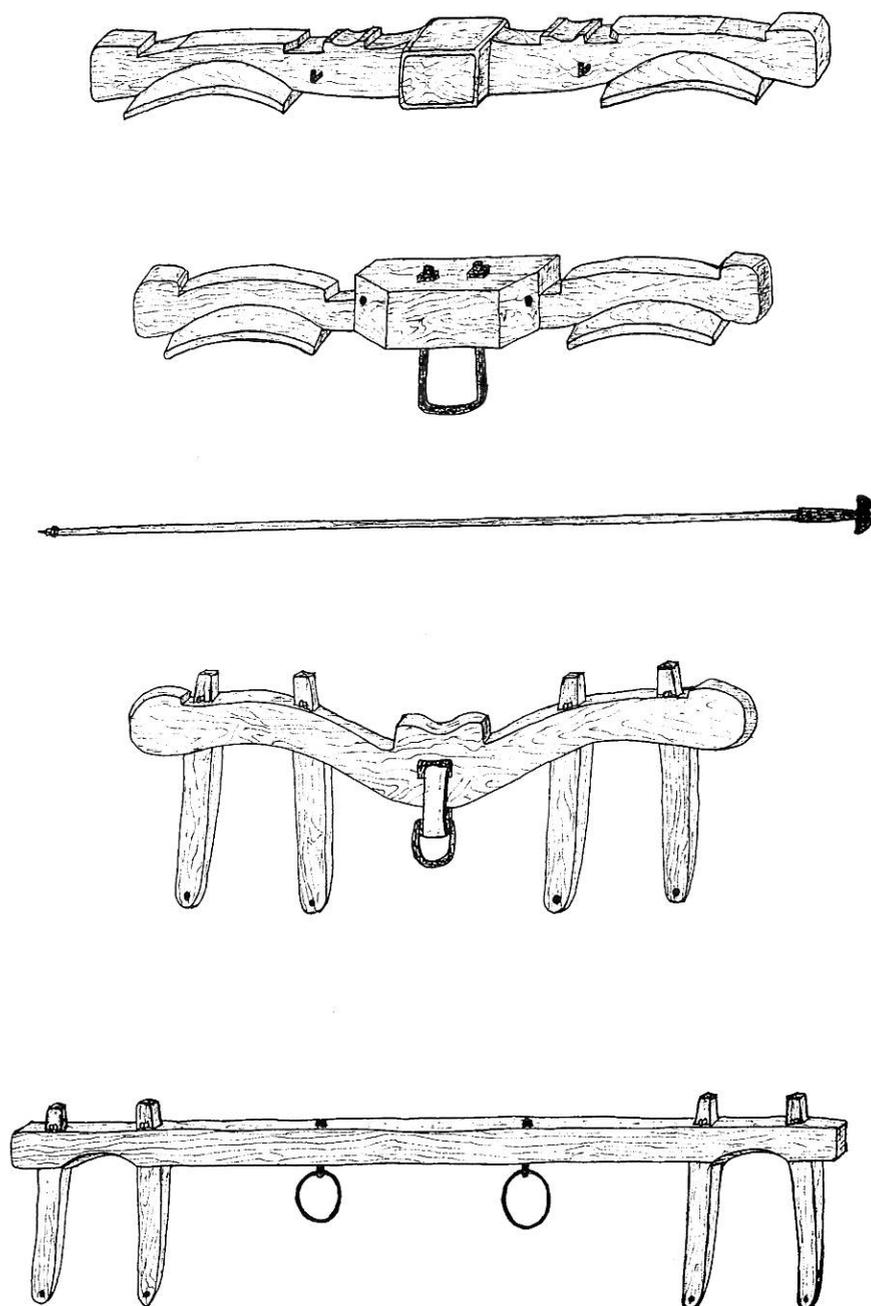


Fig. 2: Arriba, ubios de vacas, el superior de carro y el otro de arar. En el centro, aijada, que tiene en un extremo una punta para agujiar a los animales vacunos y en otro la rejada, restola o gavilán para limpiar la reja del arado. Debajo, ubios de machos, de arar, el más corto, y de arrejacar o aricar con dos arados, el más largo.

juaneras, donguindas, roma y de invierno. Las ciruelas más apreciadas son las claudias, si bien antes se daban también las regañadas, las de cojón de gato y las pre, que eran peores.

porque ya había cerrado la dentadura. En los rebaños en los que había ovejas de varios propietarios, se les hacía una marca en la oreja: muesca, arpa, ramal, despunte, etc. El pastor conduce las ovejas con la ayuda de varios

La mayor parte de los labradores eran pequeños propietarios y poseían uno o dos animales de trabajo. Los machos o mulos romos o burreños, hijos de caballo y burra, eran más duros y resistentes, a pesar de su menor alzada. Los yeguatos eran hijos de burro y yegua. El ganado vacuno se empleaba menos, pero todavía en este siglo había pueblos donde abundaban los bueyes, que eran cardenos o recoloraos y galanos, los de color blanco y negro. También se empleaban las vacas, que, si bien tienen menos fuerza, presentan la ventaja de dar crías, chotos o jatos, y leche.

La ganadería por excelencia era la ovina. En todos los pueblos existían bastantes más rebaños que ahora. Pastaban en el campo, en los montes, y dormían en los corrales o tenadas, donde había un borrasquil, especie de covacha, o chozo para dormir el pastor, salvo en la paridera y ahijadera, durante los meses de marzo y abril, que bajaban al pueblo. Las crías machos se destinaban a carne, bien como lechazos, que no salían a pastar antes de ser sacrificados, bien como corderos, en cuyo caso se capaban para que la carne no adquiriera mal sabor; éstos se denominan también carneros, aunque en muchos sitios se da este nombre al morueco o mureco, que es el macho reproductor. Las hembras se dejaban para aumentar el rebaño; según la edad, recibían diferentes nombres: cordera, borrega, borra, andosca, reandosca o grandosca y oveja o cerrada,

perros *mandaderos*, y, a veces, *care* tierras por mandato de sus dueños a cambio de que deje a dormir a las ovejas allí, para aprovechar la *jirle*, basura muy apreciada. Para esto se monta la *rede*, gran cerco hecho con *teleras*, que apoyan en *zoquetes* y se atan por arriba con *rodetes*.

Para la leche de consumo diario, cada vecino solía tener una cabra; todas las del pueblo formaban la *cabrada*, con su *chivo* o *cabro*, que un *cabrero* llevaba al campo a pastar cada mañana.

Dar una visión, siquiera muy somera, de las actividades artesanales que todavía se han dado en este siglo, sale de los límites de este trabajo. Muchas eran desarrolladas por profesionales que vivían de ellas, si bien algunos las compaginaban con la agricultura. En un rápido repaso recordamos a *albañiles*, *alfareros* o *cacharreros*, *alpargateros*, *bataneros*, *boteros*, *canteros* o *picapedreros*, *carpinteros*, que solían ser también *carreteros* y *cuberos*<sup>27</sup>, *cencerros*, *cesteros*, *escoberos*, *herreros*, *molineros*, *panaderos*, *pellejeros*, *resineros*, *sastres*, *sogueros*, *tejedores*, *zapateros*. Además, en casi todos los pueblos había *cortador* o *carnicero*, *pescatero*, *tendero*, aparte de los *pasiegos*, vendedores ambulantes que acudían con regularidad, como los *quinquis* o *quicalleros*, *lañadores*, *mieleros*, *silleros*, etc.

Otras labores artesanas las hacían las propias familias labradoras. Pondré el ejemplo del *cañamo*, cuyo cultivo y artesanía estuvieron muy extendidos por la Ribera y hoy casi olvidados. Los *cañamones* se sembraban en huertos o tierras pequeñas de regadío en el mes de abril. Como se sembraban *someros* y son muy apetecidos por las aves, los niños iban a los *cañamares* a *osearlas* con cencerros y canta-

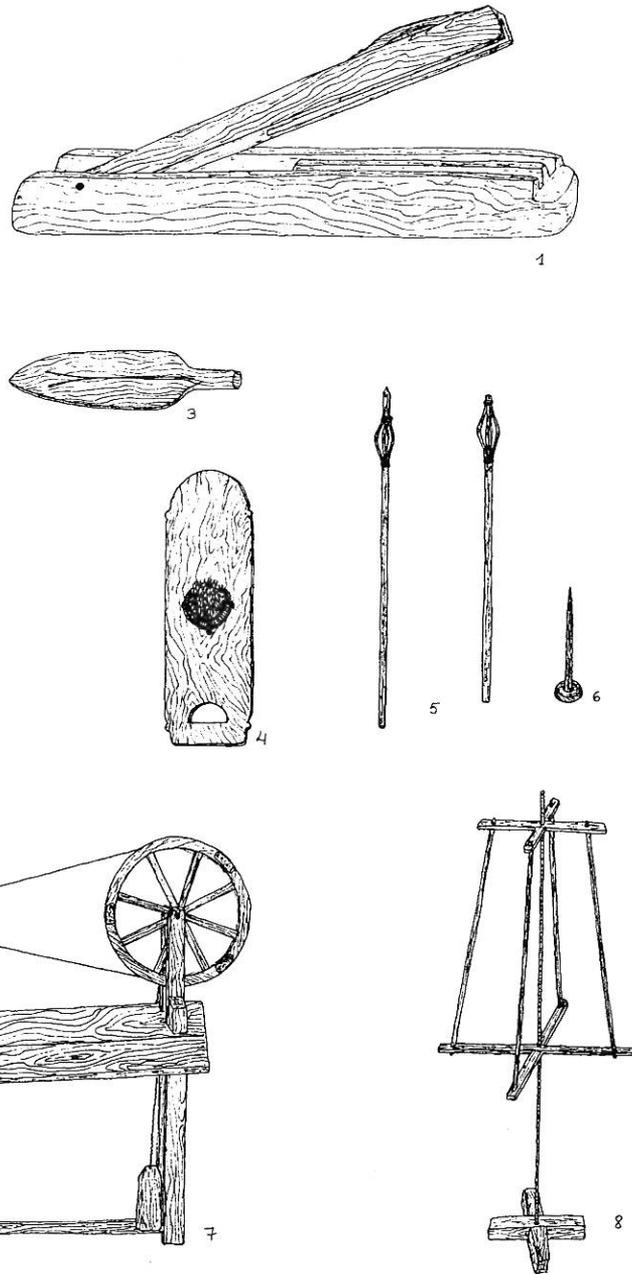


Fig. 3: Útiles empleados en las labores del cáñamo: 1. gramilla, 2. espadadero, 3. espada o espadín, 4. rastrillo, 5. ruecas, 6. huso, 7. máquina de hilar o hiladora, 8. argadillo o devanadera.

ban esta especie de conjuro: ¡Os, pájaro ladrón, cómete la tierra y deja el cañamón!. El cáñamo crece muy espeso para que no grane y suba alto, salvo en las orillas, donde se sembraba más claro y echaba *piñas* de las que procedía la simiente. Es preciso regarlo con frecuencia y, como nace mucha hierba, escardarlo varias

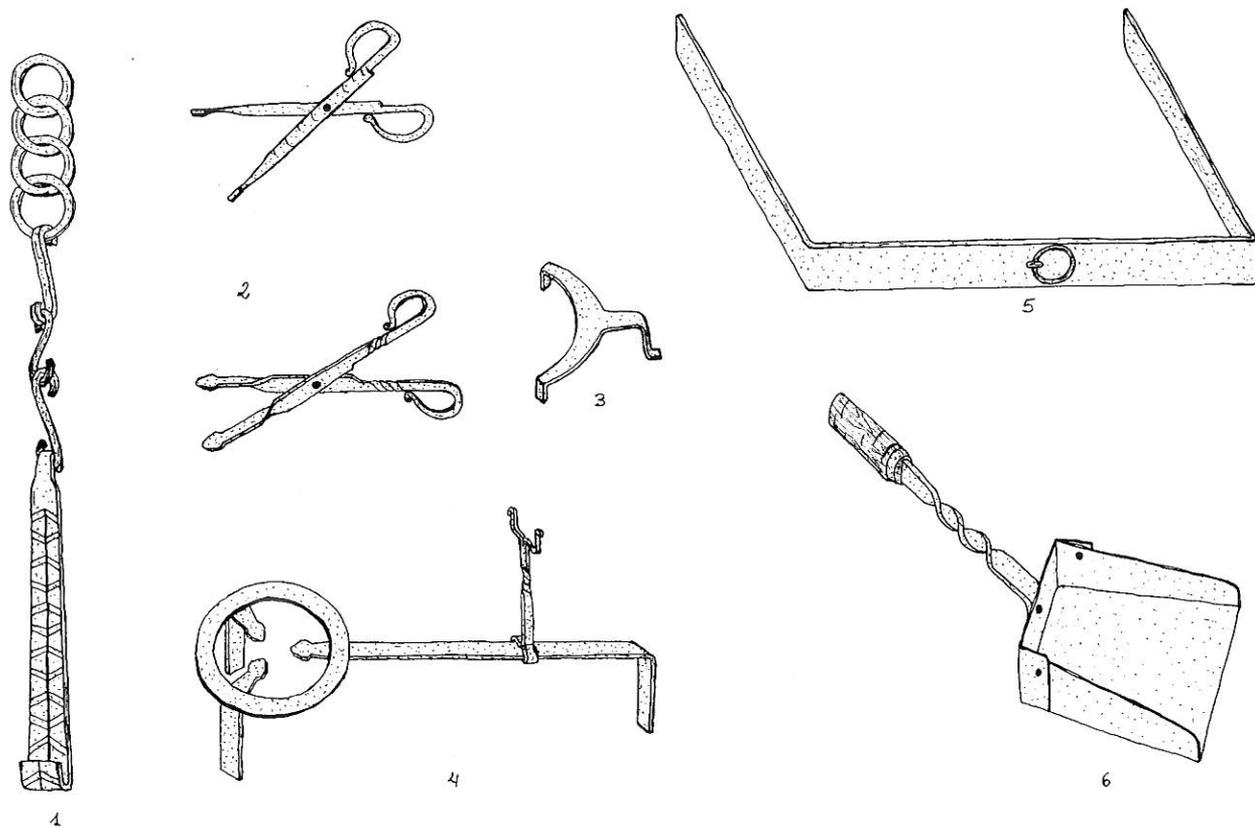


Fig. 4: Hierros de cocina: 1. allar, 2. tenazas, 3. sesero, 4. trébedes, 5. recogedor, 6. badil.

veces. Cuando estaba *ceroyo*, se arrancaba y se dejaba al sol en la propia tierra hasta que se secará bien; lo que estaba granado se *sacudía* en una piedra para sacar los cañamones. Después se *empozaba* en *pozas* que había junto a los arroyos o fuentes, donde *cocía* uno quince o veinte días. Cuando estaba *curado*, se sacaba de allí, se tendía al sol y, luego, se metía al horno para que se secase completamente. Durante las noches de invierno, los hombres llevaban a cabo las siguientes labores. *Agramar* o *engramar* es machacar la *encañadura* con la *gramilla*. Ésta es un tronco de árbol, de metro y medio a dos metros de longitud, vaciado por arriba y en ese hueco juega una especie de macho que tiene un *agarradero* para subirlo o bajarlo, cortando la *cáscara* quebradiza que se desprendía de la *hebra*. Con la mano izquierda colocaban entre las dos partes de la gramilla una *maña* y con la derecha golpeaban de forma repetida, al tiempo que iban desplazando la maña. *Suspadar* o *espadar* es colocar sobre una *cabrilla* o *espadero* una maña y golpearla con el *espadín* o *espada* de madera de corte romo; al suelo caía la *alrota*, cáñamo basto para hacer bozales o suelas de *apargatas*, y en la mano quedaba lo mejor. *Rastrillar* es pasar las madejas de

cáñamo por el *rastrillo*, tabla con un círculo de púas de hierro con las que se desenredaba; se sujetaba con una mano por arriba y con un pie por el agujero semicircular que tiene. También había rastrillos con forma de mesa, con los que se trabajaba de pie.

A continuación intervenía la mujer, que lo hilaba con el *huso* y la *rueca*. Ésta es un palo recto de alrededor de un metro de largo abierto en cuatro en su parte superior, la *hueca*, donde se ataba una maña de la que se iba formando el hilo, que se enrosca en una ranura espiral, también llamado *hueca*, del huso, en cuya parte inferior hay una anilla de madera, el *tortero*, que facilita el giro que se le da con la mano. Un sistema más moderno y sofisticado, que sobre todo empleaban los tejedores para hacer las canillas, es el de la *máquina de hilar* o *hiladora*; con un pedal se mueve una rueda grande de la que va una correa a otra menor en cuyo eje hay una especie de huso que gira, con el que se hila. Cada *husada* se pasaba al *argadillo* o *devanadera* donde se iban formando madejas que se lavaban y, a veces, se sometían a una *colada* con ceniza y agua caliente. Se volvían a colocar en el argadillo para *ovillar* y se llevaban los ovillos al tejedor, que

era siempre un hombre, para que hiciera el *lienzo*. Cuando se recogían, se volvían a someter a la colada, se lavaban y se tendían al sol hasta que quedaban completamente blancos.

La casa popular tenía como pieza central la cocina, que en las más antiguas estaba en la planta alta. Hay *cocinas de cesto* o *de campana*, cuya chimenea tiene forma cónica y está tejida con un encestado de ramas flexibles de enebro revocado de barro; otras son *de faldón*, con chimenea pegada a la pared y un *chupón* o guardapolvos que recoge el humo. En ambos casos el *fogón* es muy bajo, incluso en algunas no existe y el fuego se hace en el suelo. Para que la lumbre no se desparrame, se hace dentro del *recogedor*; los pucheros puestos al fuego apoyan en los *seseros* y la *caldera* de cobre se cuelga del *allar*. Para aprovechar el calor, hay alrededor bancos, *taburetes*, *banquillos*, *banquetas* y algún *banco respaldo*, especie de escaño, donde sentarse. Otras veces, con el *badil* se transportan las ascuas al *brasero* que se tapa con su *alambarrera*.

En la mayoría de las casas había *horno*, de una cámara, o *padilla*, de dos, para cocer el pan del *gasto*. En el *cocedero* había también una gran *artesa*, sobre la que se colocaban unas *varillas* por las que se movía el *ceazo*, a veces doble, con el que se *cernía* la harina, que solía guardarse en *escriños*. Ésta se mezclaba con sal, agua templada y levadura o *cuajada*; se revolvía todo bien, se amasaba y se dejaba *dormir* la masa, tapada con la *masera* de lienzo, hasta que *venía* o *ahuecaba*. Entoces se *heñía*, es decir, se tomaban trozos de masa, se hacía una bola y luego, sobre una tabla, se formaban las *tortas*, que se untan de aceite, y las *hogazas*, a las que se daba con el *pincho*, tabla redonda con clavos en una cara, para que no quedara dentro nada de aire. Mientras

tanto se calentaba el horno con aliagas, manojos, *tamuja*, etc. hasta que las paredes internas se ponían blancas. Se apartaban las ascuas con el *arrascador* o *andadero*, se limpiaba el suelo con el *barredero* húmedo y se metían primero las tortas, que se cocían en poco tiempo, y, después, las hogazas. Además se hacían *tortos*, *bollos de sardinas*, *bollos de uvas*, *tortas de chicharrones*, *mantecaos*, *pastas*, etc., en especial, con ocasión de las grandes fiestas.

En los Santos se comían *periquitos* y *florones*; por Navidad se hacía el *alajor* o *alfajor*, torta de pan, almendros, nueces y miel. Por carnaval eran típicas las *hojuelas*. En Cuaresma y Semana Santa no se podían comer dulces con manteca; por eso se preparaban *pastas de almendra*, *ciegas*, *torrijas* y *saladillas*. En ciertas fiestas hay dulces propios de cada pueblo; son famosas la *rosquillas de cañada* de la Virgen de la Nava de Fuentelcésped.

Con motivo de las bodas se daba a los invitados un trozo de la *rosquilla*, que tiene forma de cruz dentro de un círculo, y se adorna con azúcar, confites y caramelos. En algunos pueblos, cuando moría alguien, la familia hacía una *cochura* de panecillos o *ceneques* para repartir la *caridad* a los pobres; en el portal de la casa ponían una mesa con velas y una cesta con el pan, se rezaba y se repartía.

Otros muchos aspectos de la vida cotidiana, que no trajo por falta de espacio, aportan gran cantidad de palabras populares. El resultado es un léxico de singular riqueza y expresividad, con rasgos arcaizantes, como el de casi todas las zonas rurales, pues tiene sus raíces en una tradición milenaria ininterrumpida hasta nuestros días. Cuanto más hondas son las raíces, más frondoso es el árbol.

## NOTAS

- 0 Jesús Neira Martínez, "Las fronteras del leonés", en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente, II*, Madrid, Castalia, 1989, pp. 215-225.
- 1 Amado Alonso, *Castellano, español, idioma nacional. Historia espiritual de tres nombres*, Buenos Aires, 1953. Un planteamiento más resumido puede verse en F. Marcos Marín, *Lingüística y lengua española. Introducción, historia y métodos*, Madrid, Cincel, 1975, pp. 280-287.
- 2 F. Abad, "La variación lingüística", *Revista Española de Lingüística*, 23.1, 1993, pp. 73-86.
- 3 F. Abad, "Dialectología vertical en el español contemporáneo", en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente, II*, Madrid, Castalia, 1989, pp. 13-24.
- 4 Injustificado está el título de la obra de J. M. Codón, *El dialecto burgalés*, Burgos, Aldecoa, 1991. Primero habría que demostrar que existen unos rasgos suficientemente diferenciados en el habla de la ciudad (?) o de la provincia (?) de Burgos.
- 5 *Diccionario de términos filológicos*, Madrid, Gredos, 1962, p. 217.
- 6 V. García de Diego, *Manual de dialectología española*, Madrid, Cultura Hispánica, 1978 (1ª edición de 1959); A. Zamora Vicente, *Dialectología española*, Madrid, Gredos, 1974; P. García Mouton, *Lenguas y dialectos de España*, Madrid, Arco/Libros, 1994.
- 7 *El habla de la Bureba. Introducción al castellano actual de Burgos*, Madrid, CSIC, 1964, p. 11.
- 8 *Ibidem*, pp. 12-13. M. Criado de Val, *Teoría de Castilla la Nueva*, Madrid, Gredos, 1960, p. 113.
- 9 E. Martínez Celdrán, *Bases para el estudio del lenguaje*, Barcelona, Octaedro, 1995, p. 187.
- 10 "Dialectalismos", *Revista de Filología Española*, 3, 1916, pp. 301-318; "El castellano como complejo dialectal", *Revista de Filología Española*, 34, 1950, pp. 107-124; "El habla de Soria. Su fichero léxico", *Celtiberia*, 1, 1951, pp. 31-50.
- 11 *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1980-1991, 6 vols.
- 12 Véase T. Navarro Tomás, *Manual de pronunciación española*, Madrid, CSIC, 1953, pp. 161-163.
- 13 M. Seco, *Arniches y el habla de Madrid*, Madrid, Alfaguara, 1970, pp. 35-37.
- 14 *Gramática histórica española*, Madrid, Gredos, 1970.
- 15 A. M. Vigara Tauste, *Morfosintaxis del español coloquial. Esbozo estilístico*, Madrid, Gredos, 1992; Vidal Lamiquiz, *El enunciado textual. Análisis lingüístico*, Barcelona, Ariel, 1994.
- 16 M. Leonetti, *El artículo y la referencia*, Madrid, Taurus, 1990, p. 9.
- 17 *Manual de gramática histórica española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1973, p. 256.
- 18 F. González Ollé, *op. cit.*, p. 36; J. Alcina Franch y J. M. Blecua, *Gramática española* Barcelona, Ariel, 1975, p. 618.
- 19 S. de los Mozos, *La norma castellana del español*, Valladolid, Ámbito, 1984, pp. 15-47; A. Llorente Maldonado, "Consideraciones sobre el español actual", *Anuario de Letras*, 18, 1980, pp. 5-61, en especial pp. 24-25.
- 20 F. García González, "El neutro de materia", en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente, II*, Madrid, Castalia, pp. 91-104.
- 21 *Sintaxis hispanoamericana*, Madrid, Gredos, 1976, pp. 239 y 282.
- 22 *Op. cit.*, pp. 38-39.
- 23 Ch. E. Kany, *op. cit.*, p. 293.
- 24 A. Espinosa, "The use of the conditional for the subjunctive in Castilian popular speech", *Modern Philology*, 27, 1930, pp. 445-449; Ch. E. Kany, *op. cit.*, pp. 197-198; F. González Ollé, *op. cit.*, p. 38; E. Ridruejo, "Cantaría por cantara en la Rioja", *Berceo*, 87, 1975, pp. 123-134; M. Martínez Marín, "La sustitución de cantara cantase por cantaría en el habla de la ciudad de Burgos", *LEA*, 5, 1983, pp. 179-204.
- 25 Para una explicación más rigurosa del significado de los términos aquí citados, remito al lector al citado *Vocabulario de la Ribera del Duero*, que aparecerá en un futuro cercano.
- 26 Para una panorámica más amplia del léxico de la viña, véase A. Martín Criado, "La cultura tradicional de la viña en la Ribera del Duero (Burgos)", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 44, 1989, pp. 227-252.
- 27 Sobre la carpintería, carretería y cubería en la Ribera puede consultarse A. Martín Criado, "Un taller de carretería tradicional", *Revista de Folklore*, 83, 1987, pp. 147-168.